

La crisis afecta a los de abajo

Ernesto Jaramillo

El término crisis tiene su origen en la medicina. Una crisis es cuando algo altera, modifica un cuerpo sano. La enfermedad es una crisis. Esto no quiere decir que el enfermo va a morir, sino que, más bien, se abre un tiempo de espera entre la recuperación o la muerte.

El sistema capitalista siempre ha vivido con constantes crisis económicas pero, a diferencia del cuerpo humano, nunca morirá como producto directo de alguna de ellas. El capitalismo siempre ha tenido la capacidad para solventar sus crisis e incluso muchas veces ha salido fortalecido de ellas. El capitalismo requiere de un agente externo que lo elimine, esa es la labor de los movimientos sociales anticapitalistas.

La particularidad que tiene la actual crisis que vivimos es que se trata de varias crisis que se han conjuntado para abrir un periodo de tiempo de varios años en que se vive bajo sus efectos. Se trata de una crisis del sistema financiero, una crisis de alimentos, una crisis de producción, una crisis de consumo. La vinculación de todas ellas está provocando una crisis de dominio ya que cada día que pasa los seres humanos confían menos en las instituciones económicas, los partidos políticos y las clases políticas.

De hecho, como ha escrito el Subcomandante Insurgente Marcos, estamos viviendo un cambio en la geografía que el capitalismo construyó durante cientos de años. De alguna manera la geografía se simplificó, lo que antes eran conflictos entre los países que vivían en el este y los que vivían en el oeste o

los que vivían en el norte y los que vivíamos en el sur, ahora son imágenes borrosas de un pasado que ya no existe. Hoy, lo que vivimos, es un gran conflicto mundial entre los pocos que viven arriba y la inmensa mayoría que vivimos abajo. Lo que el reciente movimiento de Nueva York ha nombrado como la confrontación entre el 1 por ciento de la humanidad dueña del dinero contra el 99 por ciento que no tiene nada más que la fuerza de trabajo para vender a esos señores.

A mí me parece que ese movimiento fue muy generoso, realmente estamos viviendo la confrontación entre el 0.01 por ciento de la humanidad contra el 99.99 por ciento. Es decir, si hace unos días nació en Filipinas el habitante número 7 mil millones, eso querría decir que la confrontación es entre 70 mil burgueses que ejercen su dominio en los diversos países del mundo y 6,999,930,000 seres humanos que vivimos del trabajo, formal (reconocido legalmente, con una paga llamada salario y con derecho a la salud) o informal (sin salario, sin condiciones mínimas de seguridad, sin derecho a la salud), estos últimos son la gran mayoría entre las dos categorías de trabajadores. O los que vivimos sin empleo fijo ni en el sector formal ni en el informal y que sobrevivimos sin que exista una explicación clara, ya sea por la caridad social, ya sea de las sobras que se caen de la mesa de los poderosos. En varias partes del mundo, la gente que quiere trabajar pero no encuentra quién le ofrezca una posibilidad, es mayoría.

La crisis ha igualado al mundo hacia abajo, hacia la pobreza, hacia la miseria. Pero al mismo tiempo ha hecho, contradictoriamente, a los dueños del dinero, más ricos. El señor Carlos Slim, el hombre más rico del mundo, vio como aumentaba su riqueza en estos últimos tres años de crisis en 22 mil millones de dólares, algo así como 265 mil millones de pesos. Porque la crisis es aprovechada por los más ricos para limpiar el terreno de algunos ricos que no tienen tanto dinero.

La crisis de la deuda

Como ya decíamos antes, parecería que el capitalismo tiende a hacer a los diversos países parecidos. Hace solamente 30 años, la crisis de la deuda se sufría en países como los de América Latina, Asia o África. Los grandes y poderosos bancos, en especial el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, pusieron a disposición de estos países recursos en dinero, como préstamos, supuestamente para que se industrializaran o para aumentar su producción agrícola o ganadera. Este dinero fue prestado con tasas de interés (se tenía que pagar el total de lo prestado más una cantidad de dinero, eso quiere decir que, si nos prestaban 100, teníamos que pagar como 125) que tuvieron como consecuencia que nunca se pagara lo prestado originalmente. El caso de México es ejemplar: la deuda original se ha pagado ya cinco veces y sin embargo debemos más del doble de lo que nos prestaron. Eso ha generado que la mayoría de los países vivan con una deuda que, a pesar de pagar año con año, sigue creciendo, con lo cual nunca se va a acabar de pagar.

Ahora, en Estados Unidos y en Europa ha estallado la crisis de la deuda. Los bancos, otra vez el Fondo Monetario Internacional y el Banco Europeo, más una serie de bancos locales de Francia y Alemania, prestaron grandes sumas de dinero a países como Portugal, Italia,

Grecia y España (ahora se les conoce con el despectivo nombre de PIGS –no hay que olvidar que España en inglés se escribe como *Spain*–, que quiere decir cerdos, cochinos), pero también como Irlanda o Islandia. Y ahora esos países o no tienen para pagar ni siquiera los intereses de esa deuda (como es el caso de Grecia) o tienen grandes dificultades para ello (sobre todo el caso de Italia).

Sin embargo, la manera en que se utilizaron los préstamos ha sido igual en América Latina, Asia, África y Europa. En los primeros países significó una fuente de recursos que sirvieron para que se crearan las grandes fortunas. Se vendieron empresas estatales a precios ridículos, se rescató a constructores de carreteras y a banqueros, se desató como nunca la corrupción (los funcionarios se robaron el dinero). Lo mismo sucedió en Europa y Estados Unidos, en especial, el rescate de banqueros corruptos quienes jinetearon el dinero, es decir, utilizaron el ahorro de la población, no para generar préstamos para la inversión, sino para beneficiarse con inversiones propias en países donde no existe ninguna regulación para la inversión o en el lavado de dinero. Y, así, de la misma manera que lo que sucedió en países como el nuestro, la población despertó con deudas de miles que nunca había visto.

La deuda fue utilizada por los grandes bancos transnacionales como un magnífico disciplinador de los países pobres. A partir de ese momento se firmaron las llamadas cartas de intención con las agencias internacionales como el FMI. Con base en esas cartas se estableció toda la política económica que el país en cuestión iba a seguir. Se les dictó toda su política económica, en especial lo que tiene que ver con el presupuesto. Se dijo cuánto iba a ser el aumento de los salarios, cuánto la inflación (aumento de precios de los productos), cuánto el déficit público (la diferencia entre los ingresos y los egresos del gobierno, donde los segundos son más grandes que los primeros), etc.

En Europa y los Estados Unidos está sucediendo, ahora, una cuestión similar. Se está utilizando la deuda como mecanismo para disciplinar a los gobiernos de toda esa parte del mundo para que aumenten los años de jubilación; por ejemplo, antes, en Francia, los trabajadores se jubilaban —dejaban de trabajar y recibían por todos los años que trabajaron una pensión mensual equivalente a su último salario— a los 60 años, ahora lo van a hacer a los 62. También para que disminuyan las prestaciones sociales, sobre todo en lo que tiene que ver con educación, salud y vivienda.

En las cartas de intención se estableció que el gobierno se comprometía a reducir su gasto social (educación, salud, vivienda, cultura) y a poner a la venta las empresas que fueran de dominio público. Que éstas se entregarían a manos privadas en posesión.

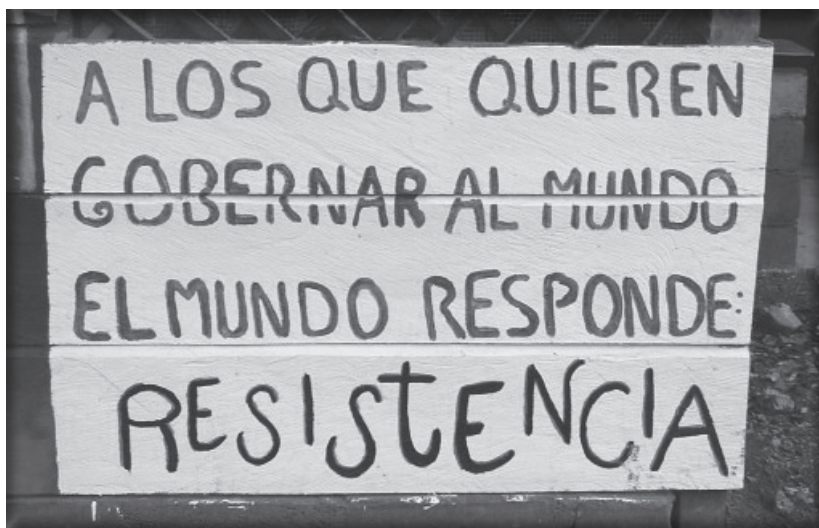
Ahora en Europa se establecen una serie de disposiciones que los gobiernos de los países afectados están obligados a cumplir. Igual una reducción del gasto público, un aumento de los impuestos a los trabajadores y al consumo (cada cosa que se compre se le agrega un impuesto de entre el 10 ó 20 por ciento); un alargamiento de la vida útil de los trabajadores; un aumento en la explotación de los trabajadores del campo y la ciudad por medio de una caída en su paga (salarios) y un alargamiento de la jornada de trabajo, ya sea porque trabajan más horas, ya sea por que se trabaja a mayor velocidad y los productos se hacen en menor tiempo.

Todo esto está sucediendo, no porque los trabajadores lo hayan provocado sino al contrario, porque los ricos fueron los responsables de que todo esto estallara. El motivo central se ubica en que los ricos ya no reinvierten lo fundamental de su ganancia (lo que tienen después de que descuentan lo

que gastaron en maquinaria, instalaciones e insumos y del pago de los salarios) en un nuevo proceso productivo. Ahora, una parte importante de esa ganancia va a parar a las bolsas de valores o se usa en la compra de bonos de deuda interna, que los gobiernos ponen en venta en tanto no les alcanza con los impuestos para que sus egresos sean iguales o menores que sus ingresos, o a los fondos de inversiones de riesgo (que quiere decir que se le presta a alguien, por ejemplo, para comprar una casa, pero se sabe, desde el inicio, que es muy probable que no puedan pagar, con lo que después de un tiempo el que prestó se queda con las mensualidades que el que quería la casa pagó más la casa misma). Las tres opciones son inversiones no productivas.

Inversiones que no generan nuevos empleos y una masa de dinero como producto del pago del trabajo que sería utilizado para comprar nuevos productos. El mercado interno baja de una manera sustancial, solamente algunas regiones del mundo se convierten en los que surten de productos a todo el mundo y otras regiones del mundo se convierten en los graneros que surten de granos a todo el mundo. Así, por ejemplo, México que es el país donde fue domesticado el maíz y por lo tanto su cuna, ahora importa (trae de otro país) casi la mitad del maíz que se come.

Todo esto trae como consecuencia que las inversiones no se dirijan con el mismo



dinamismo hacia la producción de bienes y servicios donde, si bien les va, tendrán un crecimiento de 3 por ciento (si invirtieron 100, al final del ciclo productivo tendrán 103), mientras que si dirigen su capital hacia la especulación financiera (inversión que no tiene ningún respaldo productivo), la ganancia será de 45 por ciento (si invirtieron 100 al final del año tendrán 145). Pero como esa inversión no tiene respaldo hay un momento en que la inversión es tan especulativa que explota y los capitales comienzan a huir con gran pánico y el gobierno, que para eso es su peón, sale en su defensa y los de abajo a pagar las consecuencias.

Eso es lo que está atrás de toda la gente que se está moviendo en el mundo y que se reconocen a sí mismos como los “indignados”. No son solamente trabajadores asalariados sino también trabajadores informales o desempleados (sin trabajo). También es gente a la que le quitaron su casa, donde vivía, o que tuvo que sacar de la escuela a sus hijos, o ancianos que no tienen derecho a pensiones o que teniéndolo no les alcanza con lo que se les da, son mujeres, quienes son las más afectadas cada que la crisis estalla, porque son a las primeras que se les quita el empleo o se les baja el salario o se les reducen las prestaciones.

La crisis en México

La ubicación geográfica de México como vecino de la principal potencia capitalista ha creado una relación perversa en la que si al vecino país le da catarro nosotros nos enfermamos de pulmonía. Esto debido a que las clases dominantes han aplicado un modelo económico en el que el grueso de nuestro intercambio comercial (lo que vendemos y compramos a otro país) se da con ese país. Así, 9 de cada 10 productos que importamos (compramos de otro país) viene de los Estados Unidos y 9 de cada 10 productos que exportamos (vendemos a otro país) va a los Estados Unidos. De esta manera si a ese país

le va mal y entra en crisis, la posibilidad de venta de los productos hechos en México se ve afectada seriamente, lo cual significa que dejan de entrar grandes cantidades de dólares (la moneda norteamericana).

Esto es más grave si vemos que esos nueve productos que México vende en realidad no son mexicanos sino que salen de las grandes firmas trasnacionales (empresas con capitales de varios países). La realidad es que solamente 2 de los 10 que vendemos son mexicanos. Todo esto ha significado que la mayor parte de las grandes industrias y comercios son norteamericanos.

Cuando hay crisis o cuando así conviene a sus intereses, esas grandes industrias o comercios son sacados del país y mandados a otro. El capital norteamericano viene a México no tan sólo por la vecindad existente sino porque lo que se ofrece como atractivo son los bajos salarios de los trabajadores que son de los más bajos del mundo. Así, un trabajador mexicano gana 13 veces menos que lo que gana un trabajador norteamericano por realizar el mismo trabajo.

La baja capacidad industrial en paralelo con la existencia, después de la reforma salinista al artículo 27 constitucional, de grandes concentraciones agrícolas, permite que millones de trabajadores del campo y la ciudad no tengan trabajo y que 23 millones de campesinos no tengan tierra. Eso ha permitido la existencia de alrededor de 64 millones de mexicanos que viven bajo el umbral de la pobreza. Esto quiere decir que no tienen acceso a la alimentación, la salud, la educación.

Cada vez que estalla una crisis en los grandes países capitalistas, 5 millones de nuevos pobres se suman a los que ya existían.

Por otro lado, nuestro país vive también una crisis de deuda. No tan sólo por lo que señalamos arriba, de que ya se ha pagado cinco veces y sin embargo hoy se debe el doble. Como cada vez era más difícil acceder



a deuda externa, desde hace algunos años se ha privilegiado la deuda interna. El gobierno emite papeles, llamados certificados de la Tesorería, que pone a venta entre los ricos, donde pide prestado y se compromete a pagar con una cantidad de dinero extra. Por otro lado emite otros papeles que pone a venta supuestamente para ayudar a sectores estratégicos fundamentales, tales como petróleo, electricidad, carreteras, etc. y los vende a los ricos igualmente con el compromiso de que se les va a pagar un dinero extra que aumenta año con año. Igualmente, cuando unos empresarios entran en quiebra (cuando el negocio ya no da ganancias) el gobierno los rescata, les paga su inversión y mantiene el negocio en quiebra.

O, peor, cuando rescató al sector más parasitario de la economía, los bancos, a los que cubrió con lo que debían a los ahorradores, les garantizó sus inversiones, limpió los bancos y los dueños los vendieron a extranjeros que han hecho el negocio de su vida, ya que aparte de lo que ganan año con año por no hacer nada más que trasladar dinero de un lugar a otro, dinero que no es suyo, todavía año con año se les sigue entregando una fuerte cantidad de dinero que se le sigue pagando y se les seguirá pagando por el rescate bancario.

Pues bien, resulta que esa deuda no tiene nada de interna, con excepción del lugar en que se pone a la venta. Pero 8 de cada 10 personas

que poseen esos papeles y que cada año reciben miles de millones de pesos y a los que cada vez se les debe más, son extranjeros.

Todo esto es lo que nos permite entender que haya millones de mexicanos que se vayan al vecino país para poder trabajar, a pesar de todos los peligros y desprecios que corren.

Todo esto no es inevitable ni es un castigo divino. El capitalismo está lleno de absurdos: cuando hay crisis unos pocos se vuelven más ricos; se desperdicia la potencialidad que significa contar con una población de trabajadores con un conocimiento significativo; se tira a la basura la impresionante capacidad productiva de millones de campesinos para entregar a extranjeros las mejores tierras; se pide prestado para pagar los intereses de lo que nos prestaron hace años; se mata a millones de hambre mientras hay 32 hombres que son súper millonarios y que gastan una parte importante de su fortuna en pendejadas, como perfumes, ropa cara, grandes restaurantes, etc.

Frente a esto, otra cosa existe. La economía de las comunidades zapatistas que está basada no en el egoísmo y la sed de poder sino, con muy pocos recursos, en la solidaridad. Tal y como acaban de decidir los pobladores de la Garrucha de entregarle tierra a 300 campesinos de los altos para que tengan para vivir. Dos formas de ser, dos lógicas, dos maneras de ver la vida.